

OBSTRUCCIÓN DE LA VERDAD

(La Ira de Dios, Parte I)

Romanos 1:18–21

Versículo clave: 1:21

"A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos y se les oscureció su insensato corazón."

En esta parte de Romanos, el apóstol Pablo, fiel mensajero de Dios, nos muestra algo importante. Pablo quiere dejar claro que todos, creyentes o incrédulos, viven bajo el poder del pecado y, sin el evangelio, están bajo la ira de Dios. Por eso, antes de proclamar el evangelio, es importante entender por qué lo necesitamos. En solo cuatro versículos, Pablo va directo al corazón de una pregunta difícil: ¿Por qué el evangelio es necesario? Que Dios nos hable a través de su palabra.

Miren el versículo 18: ***"En verdad, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad."*** La salvación que Dios ofrece es buena noticia solo si entendemos la mala noticia de que sin él estamos condenados. Tanto su oferta de salvación como su ira necesitan ser proclamadas con valentía. Para Pablo, al predicar el evangelio, la gente primero necesita entender la ira de Dios contra el pecado.

El versículo 18 nos describe cómo es la ira de Dios. Ante todo, la justicia es parte de quien Dios es. Su ira no es algo que la gente descubre de un día a otro, sino algo que se revela en la predicación del evangelio. Y no viene de cualquier lugar — viene del cielo, lo que nos dice que Dios tiene plena autoridad para juzgar la impiedad e injusticia de los seres humanos (1:18). Algunos piensan que la ira de Dios es una reacción emocional y violenta, pero es todo lo contrario. Es un juicio justo basado en lo que él ve en el corazón humano. La ira de Dios es personal. Es la oposición constante del Creador contra todo mal cometido contra él y contra sus criaturas.[1] Y esto es solo una muestra de lo que será el día final de su juicio justo (2:5). Su ira es parte de su gloria — porque él se opone a todo pecado. Por eso Dios, en su santidad, justicia, misericordia y amor, preparó algo extraordinario: ofrecer su propia justicia a todos los pecadores a través de su Hijo Jesús.

El versículo 18 también nos dice que Dios ve el mundo de manera muy diferente a como lo vemos nosotros. En tiempos de Pablo, Roma y su gran imperio parecían gloriosos e invencibles. Sin embargo, Dios lo veía como realmente era: lleno de

impiedad e injusticia y, por lo tanto, merecedor de su ira. ¿Por qué? La última parte de este versículo nos lo explica: con su maldad los seres humanos obstruyen la verdad de que Dios existe. Pero necesitamos pensar mejor en qué es esta "verdad" que se está obstruyendo. El versículo siguiente nos lo aclara.

Miren el versículo 19: **"Me explico: lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado."** Dios es real, y esa verdad es clara. La "impiedad" humana puede significar muchas cosas, pero en este contexto significa vivir como si Dios no existiera. Es actuar como si el Único que nos hizo no tuviera nada que ver con nosotros. Es como hijos que viven en una casa que sus padres construyeron con amor para ellos, pero actúan como si sus padres nunca hubieran existido. Ignorar la verdad de que Dios existe no tiene ninguna justificación, y por eso provoca su ira.

¿Por qué no tenemos excusa de ignorar a Dios? El versículo 19 nos dice que Dios se ha revelado a todos. No es un conocimiento que buscamos por fuera, sino algo que Dios puso dentro de cada uno de nosotros. Esto nos recuerda la imagen de Dios en todos los seres humanos (Gén. 1:26–27). Después de la Caída, esa imagen quedó dañada y deformada. Pero su imagen sigue presente en cada ser humano. Aunque esa imagen está limitada por el pecado, es parte de la razón por la que todos somos responsables ante Dios. Por eso todos necesitamos el evangelio de Jesús: para restaurar nuestro conocimiento de Dios a través de su imagen en nosotros (Col. 3:10).

Los versículos 18, 19, 20 y 21 están conectados entre sí. Pablo desarrolla su razonamiento paso a paso. Todo comienza con la ira de Dios. Esa ira se debe a que los seres humanos obstruyen la verdad. Y esa verdad es simple: Dios es nuestro Creador, y eso se ve claramente en todo lo que él creó a nuestro alrededor. Rechazar esta verdad no es un error que cometemos; es algo intencional e injusto, especialmente cuando nos negamos a glorificarlo como Dios y a darle gracias. Esta ingratitud arrogante está en la raíz de todo pecado.

Pablo nos muestra algo importante en el versículo 20: **"Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa."** Toda la creación revela quién es Dios. Es como mirar una pintura que nos dice que hay un pintor. Miren el Salmo 19:1–4a: **"Los cielos cuentan la gloria de Dios; la expansión proclama la obra de sus manos. Un día transmite el mensaje al otro día; una noche a la otra comparte sabiduría. Sin palabras, sin lenguaje, sin una voz perceptible, por toda la tierra resuena su eco; sus palabras llegan hasta los confines del mundo."** Entonces, ¿qué tipo de Creador es él? Pablo lo describe aquí como Aquel que tiene "eterno poder" y "naturaleza divina." ¿Cómo revela eso la creación?

Primero, la creación revela el eterno poder de Dios. El enorme universo, las estrellas, las fuerzas invisibles que mantienen todo en su lugar — todo esto nos muestra un poder que no tiene fin. El universo no pudo haberse creado a sí mismo. Crear todo de la nada es la máxima demostración de su eterno poder. Las leyes de la naturaleza también apuntan a una fuente de poder estable, constante y eterna.

Luego, la creación revela la naturaleza divina de Dios. Su diseño inteligente es visible en la precisión de los planetas, la vida misma y el orden de la naturaleza. Con solo mirar todo esto, vemos una obra maestra. Además, hay belleza por todas partes. No solo tenemos lo necesario para sobrevivir, sino cosas que nos llenan de alegría: cuando sale el sol por la mañana, un atardecer, una brisa fresca y las flores. Todo esto nos muestra cuán creativo y personal es Dios. También vemos su naturaleza divina en nosotros. Dios puso en cada uno de nosotros un sentido de justicia y responsabilidad que refleja su propia naturaleza. Y la provisión constante de alimento, aire y agua nos muestra que Dios no es indiferente; es un Proveedor generoso que sostiene toda su creación.[2]

¿Y cómo respondemos los seres humanos a todo esto? El versículo 18 dice que con nuestra maldad obstruimos esta verdad. Hacemos todo lo posible para no verla porque queremos ser el centro, tener el control y recibir la gloria. Vemos claramente quién es Dios a nuestro alrededor, pero nos negamos a reconocerlo. Miren el versículo 21: **"A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos y se les oscureció su insensato corazón."** Cuando no glorificamos a Dios y no le damos gracias, obstruimos la verdad.

Nuestro Creador es quien nos da la vida, el aliento y todas las cosas (Hch. 17:25). Por eso es justo que nosotros, las criaturas que él creó, lo glorifiquemos como Dios. Apocalipsis 4:11 dice: **"Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas."** Dios merece toda nuestra gloria, honra y poder. Pero obstruimos esta verdad y elegimos glorificarnos a nosotros mismos. Glorificarnos a nosotros mismos mientras ignoramos al Creador perfecto es una tremenda injusticia. Un pastor lo llamó "un crimen de traición cósmica."[3]

Nuestra falta de gratitud hacia Aquel que nos creó y nos sostiene no es independencia, es arrogancia. ¿Qué significa eso? Significa que usamos lo que Dios nos da mientras decimos: "yo puedo solo, no necesito a nadie." Es un autoengaño. Nuestra ingratitud hacia Dios es la raíz de todos nuestros pecados.

Y cuando vivimos con esa ingratitud, ¿qué pasa? Miren el versículo 21b: **"...sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos y se les oscureció su insensato corazón."** Así es como Dios manifiesta su ira: caemos de inmediato en

una oscuridad interior. Los "inútiles razonamientos" significan que nuestra mente se llena de cosas sin valor, incapaz de llegar a conclusiones correctas sobre Dios, sobre nosotros mismos, sobre los demás, o incluso sobre la realidad. Un corazón oscurecido significa perder la capacidad de amar y confiar en los demás. Con esa clase de mente y corazón, la rebelión comienza a crecer en nosotros. Como Dios nos hizo a su propia imagen (Gén. 1:26-27), anhela que seamos sabios y amorosos como él, y que cuidemos bien de su mundo. Pero cuando entregamos nuestra mente y corazón a la oscuridad, perdemos nuestra humanidad e integridad, y lo perdemos todo.

No son solo palabras --es una realidad que vemos a nuestro alrededor. Al rechazar a Dios, la fuente de toda verdad y bondad, perdemos el sentido de quiénes somos. El poeta T.S. Eliot describió a la humanidad moderna en 1925 como hombres huecos, vacíos por dentro, sin propósito ni dirección moral — y su descripción es igual de cierta hoy. Es la condición del alma que rechaza a su Creador. Sin embargo, a esos mismos seres humanos Dios les ofrece su justicia a través de su Hijo Jesucristo. Solo su gracia puede renovar nuestra mente y nuestro corazón y devolvernos a la vida, capaces de amarlo a él, amar a los demás y vivir con un propósito verdadero.

Con todo esto en mente, estos versículos nos dejan lecciones poderosas.

Primero, quién es Dios. Dios no es simplemente un Padre decepcionado; es nuestro Creador ofendido. Puede parecer que no actúa cuando no castiga de inmediato. Pero su ira contra el pecado es real, hoy y en el futuro.

Segundo, todos estamos "sin excusa." Ignorar a Dios no tiene justificación. Nadie puede hacerlo sin consecuencias. Todos, sin importar quiénes seamos, somos responsables ante Dios.

Tercero, nuestras vidas deben estar llenas de gratitud a Dios. Después de recibir el evangelio, Dios quiere que toda nuestra vida sea un testimonio de gratitud. Al darle gracias a Dios crecemos más en Cristo (Col. 2:6-7), reconociendo su soberanía y bondad sin importar las circunstancias.

Cuarto, este pasaje nos advierte que si nos ocupamos en cosas sin sentido, perdemos el tiempo en algo que no vale la pena. Lo que pensamos y lo que amamos necesitan estar arraigados cada día en Dios.

Quinto, este pasaje nos recuerda la urgencia del evangelio. Todos necesitamos recibirlo y compartirlo con los demás, para que podamos escapar de la ira de Dios y ser restaurados en Cristo.

Pablo ha cumplido su tarea como mensajero. Nos ha mostrado de dónde viene todo fracaso humano. No es culpa de las circunstancias; es el pecado en nuestro propio corazón: no honrar a Dios ni darle gracias. Todos estamos sin excusa. La evidencia de Dios está a nuestro alrededor. La condición de un corazón oscurecido está escrita en nuestras propias vidas. ¿Qué haremos con esta verdad? Si seguimos ignorando esta verdad y viviendo como si Dios no existiera, terminaremos en la oscuridad y bajo la justa ira de Dios. Sin embargo, a todos nosotros, hombres y mujeres "huecos," Dios nos ofrece hoy su justicia en su Hijo. Podemos dejar de huir y de fingir. Podemos confesarle nuestros pecados y recibir la vida y la justicia de Cristo. Solo él puede restaurarnos y hacernos capaces de amar y confiar de verdad. Que Dios nos ayude a ver nuestra profunda necesidad de su gracia para sanar nuestras mentes y corazones. Que Dios nos llene de verdadera honra y gratitud hacia él a través de una relación viva con nuestro Señor y Salvador Jesús.

[1] Ver C.E.B. Cranfield, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Romans, International Critical Commentary* (Edimburgo: T&T Clark, 1975), 108–112; Leon Morris, *The Epistle to the Romans, The Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids: Eerdmans; Leicester: Inter-Varsity Press, 1988), 74–77; Douglas Moo, *The Letter to the Romans, The New International Commentary on the New Testament, 2nd ed.* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2028), 111–113.

[2] *Esta distinción es vital: la Revelación Natural (la creación) deja a la humanidad sin excusa porque revela a Dios como Creador, y esa revelación es suficiente para condenarnos (1:20). Pero no es suficiente para salvarnos. No revela el plan de redención de Dios, el amor del Padre ni los medios de salvación. Ese plan se revela únicamente en la Revelación Especial de las Escrituras, y plenamente a través de la encarnación de su Hijo Jesucristo (1:2–4, 16–17).*

[3] R.C. Sproul, *The Holiness of God* (Carol Stream, IL: Tyndale Momentum, 2023), 116–117.